

La creación del movimiento evangélico contra el aborto

Por: ANNE RUMBERGER. 25/09/2022

En 1971, la Convención Baptista del Sur, la mayor congregación protestante de Estados Unidos, adoptó una resolución en la que pedía a sus compañeros baptistas del sur que trabajaran para hacer legal el aborto bajo ciertas condiciones, a saber, “violación, incesto, pruebas claras de deformidad fetal grave y pruebas cuidadosamente comprobadas de la probabilidad de daño a la salud emocional, mental y física de la madre”. En 1973, W A Criswell, ex presidente de la Convención Baptista del Sur y pastor de la Primera Iglesia Baptista de Dallas (Texas), expresó su satisfacción por la sentencia del caso *Roe contra Wade*:

Siempre he pensado que sólo después de que un niño naciera y tuviera una vida separada de su madre se convertía en una persona individual, y por tanto siempre me ha parecido que se debe permitir lo que es mejor para la madre y para el futuro.

Los líderes religiosos católicos y los activistas de base se habían organizado en contra de las leyes estatales de reforma del aborto en los años anteriores a Roe, pero desde la década de 1960 y hasta finales de la de 1970, la gran mayoría de los evangélicos y fundamentalistas se mostraban ambivalentes sobre la cuestión y, para la mayoría, el aborto se consideraba una cuestión personal, no política. El historiador Daniel K. Williams analiza la opinión de los evangélicos sobre el aborto en su libro sobre la formación de la derecha cristiana, *God's Own Party*:

En 1970, una encuesta de Baptist View mostró que mientras el 80% de los pastores baptistas del sur se oponían al “aborto a petición individual”, el 70% estaba a favor de permitir el aborto para proteger la salud física o mental de la mujer, y el 64% pensaba que las leyes estatales debían permitir el aborto en casos de deformidad fetal. El 71% no tenía ninguna objeción al aborto en casos de violación e incesto.

Hoy en día, los legisladores y grupos de presión evangélicos políticamente conservadores están detrás de algunos de los proyectos de ley antiabortistas más asombrosos, leyes tan sádicas que resultan increíbles. En Texas, la ley SB 8 -que entró en vigor el 1 de septiembre de 2021- permite a cualquier ciudadano particular de cualquier lugar del país demandar a quien practique un aborto o “ayude o

instigue” a quien desee abortar en el estado después de que se pueda detectar la actividad cardíaca en el embrión, a menudo alrededor de las seis semanas de embarazo. Los abortos en Texas se redujeron casi un 60% en el primer mes de vigencia de esta ley, la más restrictiva del país. Desde entonces, al menos siete estados han presentado proyectos de ley que imitan la ley antiabortista de Texas; Tennessee ha propuesto un proyecto de ley que prohibiría todos los abortos, sin excepciones por violación o incesto, y permitiría a los familiares de un violador interponer una demanda civil contra aquellos que realizaran el aborto. Indiana y otros seis estados más exigen a los proveedores que faciliten a las pacientes información médicamente inexacta sobre las interrupciones del embarazo inducidas por medicamentos una vez iniciada, en virtud de las denominadas leyes de “reversión del aborto”. En abril de 2022, el gobernador republicano de Oklahoma, Kevin Stitt, firmó una ley de prohibición casi total del aborto, que amenaza con la cárcel para los que los lleven a cabo. Trece estados cuentan actualmente con “leyes de activación” que aprobarían la prohibición casi total del aborto si el Tribunal Supremo de EE.UU. anula el caso *Roe contra Wade*, lo que probablemente ocurrirá a finales de junio o principios de julio de 2022 ([Roe fue anulado](#) el 24 de junio de 2022), como se indica en la reciente filtración del borrador de la opinión del juez Alito. Es probable que 26 estados en total prohíban el aborto sin las protecciones de *Roe*, según el Instituto Guttmacher.

¿Cómo han llegado los evangélicos conservadores a ser tan importantes en el movimiento antiabortista? ¿Y cómo ha conseguido el movimiento evangélico contra el aborto ejercer un poder político y cultural tan desproporcionado, y sin mucha oposición efectiva?

Aunque el fundamentalismo y el evangelismo se funden a menudo, en varios momentos de la historia hubo diferencias significativas entre quienes se identificaban como evangélicos o fundamentalistas, y distintos niveles de cooperación o desunión entre los grupos, que no eran monolíticos ni siquiera en sí mismos. A principios de la década de 1940, se produjo la primera división entre evangélicos y fundamentalistas sobre cómo aplicar los “fundamentos” de la fe al mundo moderno. Los evangélicos eran partidarios de integrarse en la nueva cultura modernista y se propusieron volver a dar relevancia a Dios ante la creciente secularización y el cambio de actitudes culturales que se produjo cuando millones de personas se trasladaron del campo a la ciudad y un mayor número de mujeres se incorporaron al mundo laboral durante la Segunda Guerra Mundial. Los fundamentalistas, por su parte, favorecían el separatismo de la cambiante cultura

popular y, en consecuencia, se aislaron de los que tenían poder político gubernamental. La formación de la Asociación Nacional de Evangélicos (NAE) en 1942, el aumento de la popularidad del predicador evangélico Billy Graham a finales de los años 40 y 50, y la fundación de la revista Christianity Today en 1956 elevaron el perfil y la influencia del movimiento evangélico y su marca. Como los líderes evangélicos se consideraban menos extremistas desde el punto de vista religioso y más dispuestos a adaptarse a las normas cambiantes, su influencia política superó a la de los líderes fundamentalistas a mediados del siglo XX. Más tarde se desarrollaron distinciones basadas en las diferencias regionales, el compromiso con la infalibilidad bíblica, las posturas sobre el movimiento de los derechos civiles y la aceptación de los católicos como aliados socialmente conservadores.

La politización de la América evangélica

En 1976, Jerry Falwell, el influyente pastor y televangelista bautista del sur, organizó una serie de mítines “I Love America” (Amo a América) para aumentar su base de seguidores evangélicos y predicar que el estilo de vida cristiano estaba amenazado. Llamó a los conservadores religiosos a la acción política, rompiendo con décadas de creencia evangélica y fundamentalista de que la política estaba contaminada y que el aislamiento religioso era la mejor estrategia para hacer frente a la creciente secularización del país. Proclamó que la separación de la Iglesia y el Estado había sido “inventada por el diablo para evitar que los cristianos dirigieran su propio país”. En 1979 Falwell cofundó la Mayoría Moral para organizar a los evangélicos conservadores en la política. La organización desempeñaría un papel importante en la elección de Ronald Reagan como presidente en 1980, y contaba con más de 4 millones de miembros y más de 2 millones de donantes en su punto álgido a principios de la década de 1980, y a través del correo directo, los mítines públicos y la recaudación de fondos animaba con éxito a los evangélicos a ser más activos políticamente.

El tema que activó a muchos evangélicos conservadores no fue el aborto, como les gusta afirmar a los líderes religiosos en la mayoría de las historias revisionistas, sino la reacción de los sureños blancos a la desegregación. Después de que las disposiciones “separados pero iguales” fueran declaradas inconstitucionales en la sentencia del Tribunal Supremo de 1954 en el caso Brown contra el Consejo de Educación, los líderes religiosos, incluido Jerry Falwell, alegaron que la decisión violaba su libertad religiosa para practicar la segregación, y crearon escuelas afiliadas a la iglesia en todo el Sur. Estas academias segregadas, como escuelas

privadas, estaban exentas de la sentencia Brown, y podían obtener generosas subvenciones fiscales gracias a sus vínculos con instituciones religiosas sin ánimo de lucro.

En 1968, un grupo de padres negros de Mississippi presentó una demanda contra las academias segregadas del estado y argumentó que las escuelas que practicaban la discriminación no debían estar exentas de impuestos. El Tribunal Supremo dio la razón a la demanda en el caso Green contra Connally en 1971 y el presidente Richard Nixon ordenó al Servicio de Impuestos Internos que revocara las exenciones fiscales de cualquier escuela segregada. Jerry Falwell y otros líderes evangélicos se indignaron. De un solo golpe, los herederos de los esclavistas se convirtieron en los descendientes de los baptistas perseguidos, y el Jim Crow en una herejía que la Primera Enmienda debía proteger”, dijo el politólogo Corey Robin sobre la persecución denunciada por Falwell. La aplicación de la desegregación por parte del gobierno supuso un despertar político para los evangélicos blancos del Sur, que no estaban comprometidos. Un administrador de la universidad fundamentalista Bob Jones, que acudió a los tribunales y pasó años en una batalla legal por la decisión de Green, dijo que la lucha por la exención de impuestos fue “el principal asunto” que atrajo a la comunidad escolar cristiana, formada por evangélicos conservadores, a la política.

A lo largo de la década de 1970 se fueron sentando los cimientos de la Derecha Religiosa. Un bien ejecutado movimiento político conectó los intereses de los conservadores de las grandes empresas, que trabajaban para aumentar la base de apoyo a la política económica conservadora, con el creciente rebaño de sureños blancos fundamentalistas y evangélicos que reaccionaban a los enormes cambios sociales de la década anterior. La creación de la Derecha Religiosa a finales de los años 70 es una parte importante de la historia de cómo los evangélicos de a pie se volvieron más activos políticamente, rechazando en el proceso décadas de teología premilenialista que desalentaba la acción política. Lo que hizo única su participación política a finales de los años 70 fue su compromiso partidista. Según el historiador Daniel K. Williams, los líderes evangélicos ganaron protagonismo durante la campaña de Ronald Reagan no porque se pronunciaran sobre cuestiones políticas, sino porque estaban tomando el control del Partido Republicano.

Los cambios demográficos explican en parte el aumento de la influencia política de los evangélicos y su creciente apoyo al Partido Republicano. A medida que un gran número de trabajadores blancos con estudios universitarios se trasladaron a los

suburbios del [Cinturón del Sol](#) (Sun Belt) después de la Segunda Guerra Mundial y consiguieron trabajo en las pujantes industrias militares de la región, favorecieron a los políticos republicanos que apoyaban un ejército fuerte y a los conservadores que pedían “ley y orden” para proteger sus barrios de la amenaza del aumento de la delincuencia. Muchos de estos nuevos residentes se unieron al creciente número de iglesias evangélicas en los nuevos suburbios, “cambiando el equilibrio de poder religioso de la nación de las congregaciones protestantes principales del norte a las iglesias evangélicas predominantes del sur”, dice Daniel K Williams. A principios de la década de 1970, las diez iglesias más grandes del país se encontraban en el sur, el oeste y el medio oeste, y casi todas eran evangélicas.

Los políticos republicanos habían ido ganando poco a poco el apoyo de los líderes evangélicos y fundamentalistas desde principios de la Guerra Fría, cuando identificaron a los líderes republicanos como más comprometidos que los demócratas en la lucha contra el “comunismo impío” y más dedicados al militarismo y al patriotismo. Billy Graham, posiblemente el evangélico más influyente de mediados del siglo XX, mantenía estrechos vínculos con Nixon y le asesoraba sobre las mejores formas de ganarse el apoyo evangélico; Graham animó a los directores de campaña de Nixon a considerar a los evangélicos conservadores como un nuevo bloque de votos. Hay una fuerza evangélica emergente en este país que va a tener una fuerte influencia en los asuntos sociales y políticos probablemente durante una generación”, dijo Graham a Nixon en 1972. Para ganar la reelección de ese año, Nixon se dirigió a los conservadores de los suburbios del Cinturón del Sol y del medio oeste, e hizo hincapié en los valores sociales conservadores y en su compromiso con la ley y el orden. Al reunir a evangélicos y fundamentalistas con la promesa de la ley y el orden, Nixon desempeñó un papel fundamental en la formación de la derecha cristiana. Si no hubiera sido por la “mayoría silenciosa” evangélica de Nixon, la tarea de Falwell de movilizar una “mayoría moral” podría haber sido mucho más difícil’, dice Daniel K. Williams.

La acumulación de apoyo evangélico al partido republicano se gestó durante décadas, pero fue un proceso lento que no estuvo bien organizado hasta la llegada de la Derecha Cristiana. A medida que crecía la reacción a los movimientos progresistas de los años sesenta, que los jóvenes inundaban las iglesias evangélicas en los años setenta y que el número de abortos practicados después de *Roe* empezaba a aumentar, los líderes religiosos y los estrategas políticos conservadores empezaron a utilizar la cuestión del aborto -junto con otras cuestiones sociales conservadoras- para atraer a un mayor número de

conservadores religiosos a la causa del Grand Old Party (Partido Republicano).

Los evangélicos se unen al movimiento provida

Algunos evangélicos apoyaron inicialmente la decisión de *Roe* como reflejo de la adecuada separación entre Iglesia y Estado. La persistente preocupación por el creciente poder político de los católicos, especialmente entre los fundamentalistas, reforzó el interés por evitar que el gobierno se inmiscuyera de forma que aumentara la influencia católica. Una vez que el equilibrio de poder cambió y los evangélicos tuvieron más influencia política, se abandonó gradualmente la estrategia aislacionista y se empezó a intentar utilizar el Estado estratégicamente para devolver a la nación a sus supuestos fundamentos cristianos conservadores. Así, los evangélicos reinterpretaron su uso instrumental de la libertad religiosa, adoptando en su lugar una postura de victimización por aquellas leyes que no se alineaban con su particular punto de vista religioso.

Los fundamentalistas y evangélicos consideraron las campañas de legalización del aborto a finales de los 60 y principios de los 70 como el último ataque liberal a la moral protestante en una guerra cultural cada vez más intensa. Pero como a principios de la década de 1970 seguían aislados política y religiosamente, y la mayoría se negaba a participar en organizaciones católicas provida, su actividad antiabortista fue en gran medida ineficaz. Después de *Roe*, el ministro evangélico y fundador de la Cruzada Cristiana, Billy James Hargis, creó una nueva organización provida, Americans Against Abortion (Americanos contra el Aborto), y las publicaciones fundamentalistas publicaron artículos como “¿Tiene la mujer derecho a asesinar?” y “El sacrificio de la vida humana continúa”.

Aun así, los evangélicos y los fundamentalistas no se organizaron en masa para apoyar las políticas provida hasta finales de los años 70 y principios de los 80, aunque algunos evangélicos del norte se unieron a la causa antiabortista poco después de que *Roe* se convirtiera en ley. La mayoría de los protestantes pensaban antes en el aborto como una cuestión católica, y la mayoría de los fundamentalistas y evangélicos se mostraban indiferentes a las leyes estatales de reforma del aborto anteriores a *Roe*, o incluso las apoyaban. Los baptistas del sur eran más tolerantes con el aborto que los evangélicos del norte, en parte porque el aborto tardó más en convertirse en una cuestión política en el sur, y porque desconfiaban más de las causas católicas y carecían de una tradición teológica clara sobre el aborto. Una carta publicada en la Baptist Press en las semanas siguientes a la decisión sobre *Roe*

afirmaba: “La libertad religiosa, la igualdad humana y la justicia avanzan gracias a la decisión sobre el aborto del Tribunal Supremo”, y un editor respondía a una pregunta sobre si la decisión se inmiscuía en la vida religiosa,

Los organismos religiosos y las personas religiosas pueden seguir enseñando sus puntos de vista particulares a sus electores con todo el vigor que deseen. Las personas cuya conciencia prohíbe el aborto no están obligadas por ley a abortar.

Los estrategas conservadores y los líderes religiosos que fueron los artífices de la Derecha Religiosa no aprovecharon el aborto como tema político activador hasta que quedó claro que la segregación ya no sería un tema aceptable en torno al cual organizar a la gente. La cruzada contra la integración escolar liderada por Jerry Falwell y apoyada por Paul Weyrich -un influyente estratega conservador y fundador del think tank conservador Heritage Foundation- fue importante para activar su base, pero fue perdiendo apoyo entre un público general que estaba llegando a aceptar la integración escolar y los derechos civiles como la nueva norma. Un movimiento basado en el mantenimiento del privilegio de los cristianos blancos buscó un nuevo tema que atrajera a los devotos fundamentalistas y convirtiera a un número cada vez mayor de conservadores culturales en una base que pudiera ser aprovechada para apoyar a los candidatos y las causas republicanas. Buscando nuevas ideas, Weyrich describió sus planes para crear una nueva filosofía política, “definida por nosotros [los conservadores] en términos morales, empaquetada en un lenguaje no religioso, y propagada por todo el país por nuestra nueva coalición”.

Estos arquitectos de la nueva derecha religiosa necesitaban un tema que provocara una poderosa reacción emocional contra los cambios culturales en curso. Vieron cómo la oposición a la supresión de la segregación y a la Enmienda de la Igualdad de Derechos y el resurgimiento del movimiento feminista habían activado eficazmente a los conservadores religiosos. En lugar de cultivar abiertamente el racismo y la misoginia, que conllevaban demasiado riesgo de reacción por parte de un público general más tolerante, necesitaban un tema muy cargado que pudiera sustituir a estas ansiedades profundamente arraigadas sobre el cambio de las normas raciales y de género. El aborto era el tema perfecto: un símbolo potente para demostrar a su base religiosa que se tomaban en serio la lucha por preservar una sociedad cristiana patriarcal que les permitía presentar sus puntos de vista como objeciones morales mayoritarias.

A partir de 1979, la Convención Baptista del Sur experimentó un resurgimiento

conservador -una lucha interna por el control destinada a reorientar la marca lejos de lo que algunos consideraban una trayectoria liberal- y se votó a una nueva dirección conservadora que apoyaba la asignación de más atención a la causa provida. En 1980, la CBS pidió “una legislación y/o una enmienda constitucional que prohíba el aborto excepto para salvar la vida de la madre”.

Aunque es evidente que la reacción de los conservadores blancos contra la integración escolar desempeñó un papel importante en la activación de los evangélicos como votantes republicanos y partidarios de la política social conservadora, la segregación fue sólo una parte de un movimiento complejo y polifacético. En la década de 1970, “había un movimiento antiabortista influyente y bastante eficaz en los estados que estaba preparado para que la nueva derecha trabajara con él”, afirma Mary Ziegler, profesora de Derecho de la Universidad Estatal de Florida y autora de *After Roe: The Lost History of the Abortion Debate*. Y aunque el primer movimiento popular antiabortista que surgió en los estados donde se aprobaron leyes de liberalización del aborto era predominantemente católico, no lo sería por mucho tiempo.

La cambiante teología del movimiento evangélico

La escatología cristiana, la parte de la teología centrada en los acontecimientos finales de la historia, desempeña un papel importante en la forma en que muchos evangélicos y fundamentalistas entienden los acontecimientos mundiales y su papel como actores sociales. La retórica apocalíptica utilizada para expresar el deseo de los evangélicos pro-vida de salvar al país de la podredumbre moral proviene de un punto de vista religioso particular, aquel que interpreta los acontecimientos catastróficos o la agitación social como signos proféticos del fin del mundo y del juicio final de Dios. Según muchos evangélicos y fundamentalistas, los creyentes cristianos subirán al cielo y se unirán a Cristo antes del juicio final, un acontecimiento del fin de los tiempos que a veces se denomina el rapto.

Durante gran parte del siglo XIX, los protestantes estadounidenses creían que estaban viviendo tiempos especiales y que los acontecimientos actuales estaban acelerando la llegada del Reino de Dios a la Tierra. En este optimismo se basaba la doctrina del postmilenialismo, es decir, la creencia de que la segunda venida, el regreso de Jesús a la Tierra, tendría lugar después de mil años de paz y prosperidad para la Iglesia. A los protestantes les interesaba hacer todo lo posible por construir un mundo armonioso para asegurarse de que el milenio y el regreso de Cristo

estaban cerca. El posmilenialismo se asocia con el movimiento del Evangelio Social de los años 1880-1930, que hacía hincapié en las buenas obras como camino de salvación.

Pero después de la Guerra Civil estadounidense, y de nuevo tras las devastadoras guerras mundiales de la primera mitad del siglo XX, el premilenialismo ganó popularidad. El premilenialismo, la creencia de que la segunda venida tendría lugar antes del milenio, significaba que los fundamentalistas no necesitaban luchar por las reformas ni trabajar para construir el reino de los cielos en la tierra. Como Dios volvería a la tierra para anunciar la era de la paz, sólo tenían que esperar a que apareciera, y veían el tumulto de la guerra, la depresión económica y la agitación política como señales de que el fin de los tiempos estaba cerca. Esto llevó a que muchos fundamentalistas que suscribían esta teología premilenialista evitaran activamente las causas sociales y la participación política.

Los cambios demográficos y culturales de la década de 1970 provocaron un enorme crecimiento del movimiento evangélico, especialmente en lo que respecta a la participación de los jóvenes, muchos de los cuales procedían de entornos protestantes tradicionales. La afluencia de personas al Cinturón del Sol en la posguerra, donde el evangelismo había sido especialmente fuerte durante mucho tiempo, aumentó el número y la influencia del movimiento. Este cambio también comenzó a cerrar la brecha de riqueza y educación entre los evangélicos y los protestantes de la línea principal, e hizo posible la creación de una subcultura evangélica con escuelas privadas asociadas, programas de radio y televisión y libros de gran éxito. A principios de la década de 1970, el número de miembros de las iglesias protestantes de línea principal había comenzado a disminuir, mientras que las congregaciones evangélicas experimentaban un rápido crecimiento. Los jóvenes “nacían de nuevo” y abandonaban la Iglesia Católica y las principales marcas protestantes de sus padres. La Baptist Bible Fellowship, que sólo contaba con 200 ministros en 1950, tenía más de 3.000 iglesias en 1977.

La creciente secularización del país en los años 60, que parecía inconcebible una década antes, provocó una fuerte reacción entre los protestantes conservadores, que se convencieron de que la familia estaba siendo atacada y la nación había perdido su identidad cristiana. Señalaron el fin de la oración en las escuelas y el aumento de la educación sexual, la revolución sexual y el creciente movimiento feminista, y la relajación de las restricciones a la pornografía como signos de la debilidad moral del país. Consideraban estos cambios una aberración de las normas

cristianas históricas, y los creyentes de la teología del fin de los tiempos veían esta liberalización como una señal del inminente regreso de Cristo.

Randall Terry, fundador de la Operación Rescate, fue uno de los muchos jóvenes atraídos por el evangelismo y el conservadurismo político en la década de 1970. Mientras las feministas de la segunda ola abogaban por el aborto legal por motivos de autodeterminación, los conservadores cristianos enmarcaban el aborto en un contexto más amplio de disolución de la familia tradicional y de erosión de los roles de género sancionados por la Biblia. Cuando Randall Terry y otros jóvenes evangélicos que alcanzaron la mayoría de edad en la contracultura de los años 70 se interesaron por el activismo antiabortista, rechazaron el aislamiento cultural y político que caracterizaba a sus comunidades religiosas. Buscaban una justificación religiosa para participar activamente en cuestiones sociales que consideraban una amenaza para sus creencias e identidades cristianas.

Operación Rescate

Randall Terry tuvo una experiencia de renacimiento cuando tenía diecisiete años, después de abandonar la escuela secundaria, experimentar con las drogas y hacer autostop por todo el país. Garry Wills, en un perfil de Terry publicado en 1989 en la *New York Review of Books*, describió a sus padres como poco rigurosos en sus compromisos religiosos. Pero Terry se vio muy influido por el fundamentalismo bíblico y aportó ese conocimiento de las escrituras a las justificaciones religiosas de la acción directa contra el aborto. Comenzó predicando en la calle frente a una clínica abortista en su ciudad natal de Binghamton, Nueva York, en 1984, y en pocos meses había reclutado a la mayor parte de su iglesia fundamentalista para que se uniera a él y a su esposa Cindy en su “asesoramiento en la acera” y en los piquetes de la clínica. En 1986, Terry fundó la Operación Rescate, el mayor y más influyente de los grupos militantes de acción directa contra el aborto, y pasó a convertirse en un controvertido portavoz del movimiento antiabortista.

Randall Terry cita al ministro presbiteriano y escritor evangélico estadounidense Francis Schaeffer como el que proporcionó el marco fundamentalista para el activismo de Operación Rescate. Las conferencias, los libros y las películas de Schaeffer en los últimos años de su vida se centraron en liberar a los fundamentalistas de la trampa premilenial; su versión del evangelicalismo era una combinación de la ideología fundamentalista con un enfoque más activista de la vida que animaba a los conservadores cristianos a involucrarse en la política y en las

cuestiones sociales. A finales de la década de 1970, la obra de Schaeffer estaba llegando a jóvenes fundamentalistas como Terry, frustrados por las limitaciones de la enseñanza bautista tradicional y el ineficaz activismo de las principales organizaciones provida. Muchos militantes del movimiento antiabortista de la década de 1980 consideraban que grupos como la organización mayoritariamente católica National Right to Life Committee estaban demasiado centrados en los esfuerzos graduales de presión política y no se dedicaban lo suficiente a la causa.

Terry apeló a los evangélicos para que se implicaran en el activismo provida utilizando el lenguaje del fundamentalismo bíblico. Las teorías de la “ley superior” de Francis Schaeffer estaban en el centro del discurso bíblico de Terry para sus seguidores: romper la ley del hombre para obedecer a Dios no era romper la ley en absoluto. Los “rescates”, las acciones que organizaba para intentar bloquear y cerrar las clínicas abortistas, eran algo más que desobediencia civil. En opinión de Terry, eran “obediencia bíblica”. El libro de Schaeffer *Un Manifiesto Cristiano (A Christian Manifesto)*, de gran influencia en 1981, que pedía a los evangélicos que utilizaran la desobediencia civil para protestar contra el aborto, fue en muchos sentidos el modelo de la Operación Rescate.

Schaeffer, en sus últimos años, se había fijado en el aborto como el síntoma más importante de la época, lo que podría impulsar a los cristianos al ejercicio de la desobediencia civil y motivarlos a tomar un papel más activo en la resistencia a la amenaza percibida del humanismo secular que estaba erosionando los fundamentos cristianos de la nación. “En *Un Manifiesto Cristiano*, Schaeffer hizo del aborto el tema sobre el que los evangélicos podrían desafiar toda la legitimidad del estado moderno secular, reteniendo la lealtad hasta que la nación volviera a sus raíces religiosas en asuntos como la oración pública y la educación religiosa”, dijo Garry Wills en 1989. Schaeffer argumentaba que, dado que el humanismo se había apoderado y estaba subvirtiendo la base cristiana del gobierno estadounidense, se requería la resistencia de los cristianos, y la desobediencia civil era la mejor manera de expresar la resistencia.

En 1979, Schaeffer se asoció con un médico evangélico llamado C. Everett Koop para realizar una serie de películas titulada “¿Qué ha pasado con la raza humana?”, que proyectaron en Estados Unidos y el Reino Unido ante decenas de miles de personas. La serie documental de cuatro partes, junto con el libro que la acompañaba, exponía la justificación cristiana contra el aborto y la eutanasia, y argumentaba que la legalización del aborto significaba el declive del respeto por la

vida humana y llevaría a la matanza de ancianos, discapacitados y otras personas cuyas vidas podrían considerarse no valiosas para la sociedad. La escena más memorable de la serie presenta un largo plano de mil muñecos de plástico de bebés esparcidos por las orillas del Mar Muerto mientras Schaeffer recita que al menos 6 millones de bebés no nacidos habían sido abortados desde 1973. Ajeno a su propia hipocresía, Schaeffer diserta que las mujeres están cegadas por el egoísmo y quieren que el Estado les conceda privilegios sin el pago que exige nuestro orden moral; en su opinión, la mujer que rebaja el instinto de crianza y niega sus propias capacidades biológicas únicas crea un nuevo modelo de ser femenino que se convierte, en un sentido metafísico, en algo menos que humano.

Schaeffer relaciona los temas del aborto, el infanticidio y la eutanasia con la esclavitud. Una escena muestra a los esclavos subiendo las escaleras del edificio del Tribunal Supremo mientras Schaeffer explica que los negros eran considerados no humanos por razones económicas. “En todas las épocas, siempre hay alguien tachado de infrahumano. Antes era el negro; después el judío; hoy es el no nacido y el niño”. En parte debido a la influencia de Schaeffer, los activistas provida se han pasado décadas estableciendo comparaciones entre el aborto y los horrores del Holocausto y la esclavitud en Estados Unidos; esta retórica, y la presentación de “los no nacidos” como el último grupo oprimido, sigue siendo poderosa en el movimiento antiaborto.

La película no llegó a mucho más allá de los círculos evangélicos del propio Schaeffer, pero tuvo un gran impacto en los que asistieron a las proyecciones y formó a muchos evangélicos de la generación más joven en la cuestión del aborto, y a algunos de ellos en devotos activistas por primera vez. El hijo de Francis, Frank, de quien se dice que empujó a su padre a abordar la cuestión del aborto y que desempeñó un papel importante en la realización de ¿Qué le pasó a la raza humana? dijo en una entrevista en 2009 que,

mucha gente estaba esperando poder trazar la línea en algún lugar contra esta marea creciente de secularismo [...] Querían defenderse. Nadie les había enseñado cómo, porque había que tener un tema en torno al cual unirse, y el aborto era un tema práctico.

Era un símbolo potente que se convirtió en mucho más que simbólico para extremistas como Randall Terry, que predicaba que la Iglesia tenía las manos manchadas de sangre por haber ignorado el aborto durante más de una década.

Para lavar su culpa, los evangélicos tenían que hacer todo lo posible para detener el aborto.

Los anteriores líderes antiabortistas habían conseguido reclutar a docenas de manifestantes para las “sentadas” ante las clínicas, pero Terry consiguió que miles de personas se reunieran en ciudades de todo el país. La Operación Rescate convirtió lo que había sido un pequeño grupo de manifestantes fácilmente ignorados en un auténtico movimiento y una campaña nacional que puso la causa antiabortista en el punto de mira. Llegaron a las primeras páginas por ser manifestantes de derechas que utilizaban tácticas de desobediencia civil al estilo de la izquierda, y acabaron convirtiéndose en el mayor movimiento de protesta social de los veinte años posteriores a las campañas de derechos civiles de la década de 1960. La actividad de la Operación Rescate se saldó con más de 60.000 detenciones desde su fundación en 1986 hasta principios de la década de 1990, y su militancia aportó miles de nuevos reclutas a un movimiento que promueve los valores familiares conservadores y la reconstrucción de una nación cristiana. Terry y sus seguidores evangélicos reprodujeron con mucho más éxito una estrategia que ya habían intentado los católicos al crear el movimiento de sentadas contra el aborto. Reclutó a pastores y líderes religiosos evangélicos, que acudieron a sus congregaciones para realizar rescates a gran escala en todo el país. Muchos protestantes conservadores dudaban en unirse a un movimiento dominado por los católicos que se parecía sospechosamente a los movimientos de protesta de la izquierda de los años sesenta, pero Terry se ganó a sus compañeros evangélicos traduciendo la protesta contra el aborto a un lenguaje comprensible basado en la Biblia. Terry dominaba la retórica y las motivaciones fundamentalistas y podía apelar a los evangélicos de una manera que los anteriores líderes católicos antiabortistas no podían.

La Operación Rescate fue una organización clave en el crecimiento del movimiento evangélico contra el aborto. Poniendo en práctica la justificación religiosa de la acción política y la desobediencia civil teorizada por Francis Schaeffer y ofreciendo a los jóvenes evangélicos una forma significativa de luchar por sus creencias religiosas como activistas, la Operación Rescate inspiró a múltiples generaciones de militantes provida sin miedo a utilizar tácticas extremas. Once proveedores de abortos han sido asesinados por extremistas antiabortistas desde 1977, muchos de ellos inspirados por la retórica militante de la Operación Rescate, cuyo lema era “si crees que el aborto es un asesinato, actúa como si lo fuera”. Las agresivas protestas contra el aborto nunca han cesado en los estados conservadores, pero en el actual clima político el movimiento de rescate es más fuerte de lo que ha sido en décadas,

con reiteraciones como Red Rose Rescue y Pink Rose Rescue que promueven tácticas de la vieja escuela como invadir clínicas y utilizar la desobediencia civil para obstruir la atención al aborto e intimidar a las pacientes y al personal de las clínicas.

El movimiento antiabortista de Estados Unidos está a punto de conseguir una gran victoria. Tras décadas de organización por parte de los grupos antiabortistas y de la derecha religiosa en general, y el desarrollo de un Tribunal Supremo repleto de jueces de la Sociedad Federalista, el más alto tribunal del país parece dispuesto a socavar o anular el derecho federal al aborto legal establecido por el caso *Roe contra Wade* en 1973. El acceso al aborto se ha ido erosionando poco a poco desde la aprobación de la Enmienda Hyde en 1976, que prohibía la financiación federal del aborto, limitando el acceso de las personas de bajos ingresos con Medicaid. Desde la ola de victorias conservadoras de 2010 en el Congreso y en las legislaturas estatales, se ha producido un enorme aumento de las restricciones al aborto a nivel estatal y una falta de acceso a la atención del aborto que afecta principalmente a las personas de bajos ingresos en los estados del sur y del medio oeste. En total, los estados han promulgado la asombrosa cifra de 1.313 restricciones al aborto desde *Roe*, 566 de ellas desde principios de 2011, según el Instituto Guttmacher.

Si se anula *Roe* [[Roe fue anulado](#) el 24 de junio de 2022, ndt], lo que ahora parece probable, veintiséis estados tienen leyes o enmiendas constitucionales en vigor que les harían intentar prohibir el aborto lo antes posible. Hace tiempo que se criminaliza a las personas embarazadas por los resultados adversos del embarazo, y muchos esperan que esta criminalización aumente a medida que la gente confíe cada vez más en el aborto autogestionado en un Estados Unidos post-*Roe*. La derecha religiosa puede atribuirse la mayor parte del mérito de la fuerza del movimiento antiabortista actual, la culminación de treinta años de trabajo para llevar a los evangélicos conservadores y a los fundamentalistas al centro de la política reproductiva en Estados Unidos.

El camino a seguir

La derecha religiosa antiabortista ha reconocido lo que muchos progresistas han ignorado voluntariamente. El aborto es político. La derecha religiosa ya no considera el aborto como una decisión personal, sino como una cuestión política; están unidos en la lucha por leyes que penalicen a quienes prestan servicios de aborto y por leyes que otorguen a los embriones y fetos los mismos derechos que a las personas embarazadas. Recurriendo a los precedentes jurídicos en materia de derechos

humanos y reclamando la condición de persona del feto, los conservadores religiosos han conseguido movilizar a sus bases en torno al “derecho a la vida” de los no nacidos. El movimiento antiabortista está abierto a su próximo objetivo después de que consigan anular *Roe*: una prohibición federal del aborto de seis semanas y la obtención de apoyo para la Ley de la Vida en la Concepción, que reconocería al feto como una persona con la misma protección en virtud de la decimocuarta enmienda de la Constitución estadounidense.

Aunque la corriente antiabortista contemporánea y la franja más radical del movimiento se benefician de ocultar sus vínculos y compromisos compartidos, los mensajes de los distintos grupos antiabortistas son notablemente coherentes. Jennifer Holland, autora de *Tiny You: A Western History of the Anti-Abortion Movement*, ha comentado: “No creo que haya habido nunca diferencias significativas en lo que quería este movimiento, y por eso ha sido un movimiento increíblemente poderoso. Vías ligeramente diferentes, pero el mismo objetivo”.

¿Pueden los partidarios del aborto aprender de la unidad del movimiento antiabortista en torno a un objetivo común, y reconocer que necesitaremos una variedad de tácticas -legislativas, judiciales, acción directa de base, prestación de servicios a los más necesitados- para hacer realidad nuestro objetivo colectivo? Las decisiones sobre la dirección política y la estrategia del movimiento por los derechos reproductivos se han dejado durante mucho tiempo en manos de las principales organizaciones sin ánimo de lucro, como Planned Parenthood y NARAL, que han canalizado eficazmente el apoyo al aborto en forma de donaciones para los mayores proveedores y de votos para los demócratas favorables al aborto, las cuales no han conseguido proteger -y mucho menos ampliar- el acceso a la asistencia. Ante la inminente caída de *Roe*, muchos partidarios del aborto reconocen que hará falta un movimiento de masas militante, y un nuevo marco, para combatir a la derecha religiosa y conseguir la autonomía corporal para todos.

El caso *Roe contra Wade* declaró que el derecho a la intimidad de las mujeres les otorgaba un derecho constitucional al aborto durante los dos primeros trimestres del embarazo, y el movimiento de derechos reproductivos dominante ha adoptado la postura de que el aborto es una opción privada. El derecho a la intimidad no sólo es un fundamento constitucional inestable para el aborto, sino que tampoco es un terreno firme para construir un movimiento político. La organización de un movimiento de masas en apoyo del derecho a la intimidad y la elección individual no ha funcionado. Ceder el terreno político en torno al aborto a la derecha religiosa ha

dificultado enormemente la tarea de acabar con la vergüenza y el estigma asociados a las decisiones de salud reproductiva, facilitando aún más que los conservadores religiosos contrarios al aborto ganen poder político e influyan en la opinión pública. Las principales organizaciones sin ánimo de lucro dedicadas a los derechos reproductivos se empeñan en mantener el aborto dentro de la esfera personal y llevan mucho tiempo desalentando las acciones colectivas radicales que podrían amenazar las estructuras de poder de las que dependen actualmente. Una vez que se aclaran las numerosas cuestiones relacionadas con la política reproductiva, tiene más sentido considerar el aborto como algo político y que necesita un movimiento político. Igualmente importante es el derecho de todos a tener hijos y a criarlos en comunidades seguras; este marco de justicia reproductiva indica la importancia de crear coaliciones con quienes luchan por la sanidad universal, los derechos de los LGBTQ y la abolición de la policía y las prisiones.

Muchas personas no tienen ninguna opción real en lo que respecta al aborto; las restricciones estatales, la falta de proveedores en las zonas rurales y los elevados costes de la atención sanitaria limitan el acceso de millones de personas y también limitan la “opción” como marco organizativo para un movimiento masivo por la libertad reproductiva.

Los conservadores religiosos contrarios al aborto tienen un largo historial de manipulación de la ideología al servicio de un objetivo político. Es hora de que los partidarios del aborto dejen atrás la insuficiente retórica de la privacidad y el marco de la elección personal y se unan en torno a nuestro propio objetivo político: la autodeterminación sobre el propio cuerpo y la justicia reproductiva.

Anne Rumberger es una activista de NYC for Abortion Rights y NYC Democratic Socialists of America. Sus escritos han aparecido en Jacobin, Left Voice y Biopolitical Times.

1/7/2022

[The Making of the Evangelical Anti-Abortion Movement](#)

Traducción: **viento sur**

+ Info:

Anne Rumberger. Derecho al aborto: hora de la organización de base. [Jacobinlat](#), 30/6/2022

[LEER EL ARTÍCULO ORIGINAL PULSANDO AQUÍ](#)

Fotografía: Viento sur

Fecha de creación

2022/09/25